



ANTROPOLOGÍA DE LA MEDICINA,
METODOLOGÍAS E INTERDISCIPLINARIEDAD:
DE LAS TEORÍA A LAS PRÁCTICAS
ACADÉMICAS Y PROFESIONALES

Oriol Romaní, Cristina Larrea,
José Fernandez (Coordinadora/es)

2

ETNOGRAFÍA Y PREVENCIÓN DEL VIH EN EL AMBIENTE SEXUAL MADRILEÑO

FERNANDO VILLAMIL PÉREZ Y M^a ISABEL JOCILES

Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Los espacios de encuentro sexual (EES) entre hombres han venido formando parte del *landscape* sexual urbano de los hombres que mantienen relaciones sexuales con hombres en contextos urbanos en las sociedades occidentales al menos desde el despliegue del proceso industrializador. Muy sensibles a los elementos del contexto social y político más amplio, estos espacios han venido cambiando en su naturaleza y conformación institucional, como parecen indicar diversas investigaciones de carácter histórico (Humphreys, 1970; Delph, 1978; Newton, 1993; Bell y Valentine, 1995; Berubé, 1996).

En nuestro país, durante la dictadura y hasta los años 70 los espacios de encuentro entre hombres con fines sexuales o bien se circunscribían al ámbito del domicilio, o bien a espacios públicos (en el sentido de lugares con acceso no restringido, como urinarios, parques, despoblados o la propia calle) (Guasch, 1991). Con la transición y la incipiente relajación de las medidas de control moral del espacio público (derogación ley de peligrosidad social, disminución de redadas) fueron apareciendo locales comerciales (espacios de ocio como bares, discotecas, saunas o cines) que apelaban a una clientela específicamente homosexual (Mira, 2003), constituyendo la infraestructura necesaria para la aparición de formas de vida específicamente gays al ofrecer espacios seguros dentro del tejido urbano para el encuentro sobre las bases del deseo y el intercambio sexual.

La irrupción de la epidemia de VIH supuso una inusitada atención a estos espacios por parte de activistas del movimiento lgtb,

organizaciones de base de lucha contra el sida, técnicos de salud pública e investigadores, tanto desde las ciencias sociales como desde la epidemiología, especialmente en el ámbito anglosajón. Se trataba de dirimir si los espacios de encuentro sexual debían ser clausurados o al menos estrechamente vigilados o más bien utilizados como locus privilegiado para la prevención de la transmisión del VIH (Dangerous Bedfellows, 1996; Patton, 1996). En una discusión con componentes pragmáticos y políticos, se adujo la necesidad imperiosa de proteger los derechos y libertades sexuales conquistados en los años previos a la declaración de la epidemia, desde posiciones tanto de defensa de los derechos civiles como de naturaleza pragmática, ya que se fue imponiendo la perspectiva de que cualquier retroceso en este campo supondría empujar a la clandestinidad a las poblaciones precisamente más vulnerables. La síntesis es la del sexo más seguro: una serie de recomendaciones (uso del preservativo, fomento de prácticas que no incluyen penetración) que pretendían compatibilizar los necesarios cambios a introducir en los hábitos sexuales del colectivo homosexual poniendo especial cuidado en mantener una actitud neutral en términos valorativos y de no intromisión en las libertades sexuales conquistadas en los 70, considerándolo incluso como continuación de esa agenda (Patton, 1996). Estos espacios son considerados actualmente ámbitos privilegiados para la promoción de las prácticas de sexo más seguro al constituir un espacio accesible a los agentes de promoción de la salud (Berubé 1996; Warwick et al. 2003). De hecho, han tenido especial relevancia en las intervenciones de base comunitaria, es decir, en las que parten del convencimiento de que las normas grupales (en particular, las que atañen a las prácticas de sexo más seguro) adquieren una gran importancia a la hora de comprender y también de modificar las percepciones y comportamientos de los HSH con respecto a la prevención, hasta el punto de que la movilización comunitaria ha sido identificada como un factor crucial a la hora de explicar la notable rapidez con que se introdujeron las medidas de sexo más seguro en los inicios de la epidemia (King, 1993; Wohlfeiler 2000; Ramirez-Valles 2002), o su tardanza en el contexto español (Villaamil, 2004). En nuestro país, estos debates no se dieron con la misma intensidad, debido probablemente tanto a su invisibilidad (o más bien semiclandestinidad) en un contexto en el que

aún se llevan a cabo redadas policiales hasta bien entrados los 80, además de por el escaso desarrollo orgánico de las intervenciones de prevención, que en lo que se refiere a Madrid no se estabilizan hasta finales de los 80. Sin embargo, sí se introdujeron sus conclusiones centrales (sexo más seguro), que ha venido conformando el núcleo de la racionalidad de las intervenciones de prevención dirigidas a este colectivo, con los cambios lógicos en función de la evolución de la epidemia (especialmente, la aparición de terapias eficaces a partir de 1996).

1. EL PROGRAMA “EN TODAS PARTES” Y LA INVESTIGACIÓN

Es en este contexto general en el que se pone en marcha en 2003 el proyecto “En todas partes”, llevado a cabo por las dos entidades que en Madrid son activas en prevención dirigida específicamente a un público gay (Cogam y Fundación Triángulo), financiado por el Instituto de Salud Pública de la Comunidad de Madrid. Este proyecto perseguía, en primer lugar, establecer una infraestructura que posibilitara la presencia y abastecimiento constante de preservativos y lubricantes en saunas y bares con cuarto oscuro dirigidos a población gay (finalidad que se concretó especialmente en la instalación de máquinas expendedoras de preservativos y lubricantes en los LSA que no contaran con las mismas); en segundo lugar, ofrecer información relativa a la transmisión y prevención del VIH e ITS a los usuarios de dichos locales (trabajo de calle –*outreach*- y representaciones teatrales –*sketches*-); y, en tercer lugar, implicar en la campaña preventiva a los empresarios, dueños y/o encargados de los locales gay donde se practica sexo *in situ*.

El proyecto, que en lo que se refiere a sus objetivos concretos venía más a sistematizar un conjunto de iniciativas dispersas que ya se venían realizando que a proponer otras inéditas, presentó la particularidad de su carácter intencionalmente colaborativo entre los diferentes actores implicados. Los técnicos de la CM se implican desde el primer momento en su diseño e implementación, yendo más allá de las labores de asesoramiento y/o vigilancia del cumplimiento que venían llevando a cabo. Además, desde el inicio se buscó otorgar un papel a los propietarios y trabajadores de los LCES en la

intervención que fuese más allá de la mera colaboración pasiva –un mero dejar hacer a los “técnicos”, de forma que las reuniones de aquéllos con los técnicos de las ONG’s con participación de personal de la entidad financiadora fueron un elemento sustantivo del proyecto.

En este contexto, en 2005, segundo año de implementación del proyecto, se recabó la colaboración de los firmantes de esta comunicación, profesores del Departamento de Antropología Social de la UCM, para la realización de una investigación desde un inicio ligada a la implementación del “En todas partes”. Eran básicamente dos las dificultades que era necesario tratar de esclarecer: por un lado, los usos concretos que los usuarios hacen de los medios disponibles para acceder al preservativo, y por otro, las relacionadas con los encargados o propietarios de los locales. En cuanto a la primera cuestión, era preciso tener en cuenta la diversidad de circunstancias que se dan respecto al uso del preservativo en los diferentes locales (venta por el propio local, máquinas preexistentes, reparto gratuito e, incluso, una combinación de lo anterior). Además, los datos proporcionados por las organizaciones ponían de manifiesto que las máquinas instaladas a resultas de la implementación del programa habían sido efectivamente utilizadas en muy diversa medida. Ello se sumaba a lo anteriormente expuesto para componer un panorama complejo en el que eran muchos los factores a tener en cuenta, es decir, necesitados de explicación (desde la heterogeneidad de los usuarios a la propia ubicación de las máquinas, pasando por la actitud de gerentes/propietarios y empleados). Parecía, por consiguiente, imprescindible conseguir un conocimiento sistemático y riguroso de esta realidad.

En cuanto a la relación con los gerentes propietarios, hay que tener presente que su colaboración era imprescindible para el éxito del programa. Sin embargo, sólo colaboraron (y en grados muy diversos) 13 de los 25 locales a los que potencialmente se dirigía. Los técnicos identificaron una serie de obstáculos y posibles malentendidos en su comunicación con los gerentes/propietarios, ligados en principio con visiones discordantes acerca de la prevención, el activismo, la comunidad gay y el negocio. En este sentido, se consensuó que el acercamiento global que el proceso investigador proporcionaría a las perspectivas y percepciones de estos sujetos redundaría en una mayor

efectividad del programa. Se trataba de encontrar claves para implicar a los que aún no lo habían hecho, y refinar las estrategias que los técnicos de 'En todas partes' podrían poner en marcha para aproximarse a aquellos gerentes/propietarios que, habiendo participado, pudieran hacerlo en mayor medida en las tareas ya determinadas en el programa, no excluyéndose la posibilidad de delinear otras más acordes con sus propias expectativas y modos de concebir su rol con relación a la prevención del VIH.

Así, se propuso a los técnicos de las ONGs y de la Administración participar directamente en el estudio, partiendo del propio diseño del mismo hasta el proceso de análisis, pasando por la realización conjunta o supervisada de entrevistas. Asimismo, comenzamos a asistir a las reuniones que periódicamente se venían convocando con los gerentes y propietarios, a fin de obtener una imagen más nítida de las relaciones entre los agentes implicados. Ello se hizo desde la persuasión de que, más allá de las demandas antes señaladas, existía otra, no explícitamente formulada, referida a la necesidad sentida de conformar colectivamente un 'discurso', una perspectiva común acerca de cómo abordar la prevención en qué debía consistir y qué papel debían jugar los diferentes agentes. El proceso de investigación debía ser entonces también y a la vez un proceso de reflexión acerca de las prácticas que, idealmente, debía ser convergente y llevar más allá para desembocar en una práctica crítica de reflexión acerca de lo que se entiende y hace cuando se hace prevención. Se conformó un equipo de investigación tripartito (antropólogos, ONGs y Administración), que mantuvo seis reuniones formales con carácter periódico, así como otras muchas a dos bandas con carácter más informal.

Se realizaron un total de 26 entrevistas, 20 a usuarios de estos locales y 6 a propietarios y/o trabajadores. Asimismo, se realizó observación participante en 4 de los locales, ésta se consideró necesario que fuera llevada a cabo por uno de los investigadores con formación antropológica. La realización de la investigación se prolongó 15 meses, entre diciembre de 2004 y abril de 2006, aunque los intercambios entre los que participaron en el equipo se prolongaron más allá.

2. LOS LOCALES DE ENCUENTRO SEXUAL

Estos primeros espacios, que aparecen en Madrid como se ha dicho a mediados de los 70, subsisten en la actualidad, y poseen algunas características comunes que señalan a la existencia de una lógica social subyacente y poderosa en su uso por parte de los sujetos que los frecuentan. Se trata de locales con un aforo variable, aunque los de entorno a los 200 personas son mayoría. Apelan a un público indiferenciado, sin limitaciones en la entrada, por lo que su clientela comparte sólo el denominador común de desear mantener relaciones con otros hombres, aunque algunos son frecuentados por personas de más edad, más por uso aparentemente que por estrategia de sus propietarios. Ni reclaman ni les es concedida una relación de fidelidad o identificación por parte de sus usuarios, que según declaran los entrevistados, los eligen más por proximidad o en función de sus horarios que por criterios más específicos. De hecho, según nuestros entrevistados, estos espacios se perciben como contrapuestos a sus relaciones y contextos de socialización.

En algunos casos, sujetos con una amplia red social gay, que puede incluir una pareja, acuden a estos lugares como espacio social bien diferenciado del resto de las actividades que realizan con sus amigos, dentro y fuera del ambiente. En otros casos, se trata de sujetos que, por diferentes circunstancias, no han podido o no han querido incorporar los valores y modos de identificación predominantes en el ambiente gay, y de esta forma no incorporan las posiciones de sujeto que son legítimas/válidas en éste. Se trata de sujetos inmigrantes en los estadios iniciales del proceso migratorio, incluida la muy frecuente inmigración interna a las grandes urbes como Madrid, donde el ambiente gay es más sofisticado y diverso, pero también de sujetos que residen desde hace años en la capital y que, por razones que se relacionan con la dependencia para su reproducción social de ámbitos familiares y/o laborales en los que la homosexualidad está fuertemente estigmatizada y estrechamente vigilada, no pueden compatibilizar las estrategias de relación y de identificación del ambiente con las derivadas de las necesidades de asegurar su existencia material y social en otros entornos.

Se dan en este sentido dos modelos de uso, en el sentido de inserción de la frecuentación de estos locales en el conjunto de sus estrategias sociales e identitarias. Por un lado, la limitación de la implicación en el intercambio con la potencial o real pareja sexual que posibilitan estos espacios es estratégicamente empleada para asegurar el mantenimiento de una esfera de interacción sexual distinta a la de las relaciones más intensas (ya sean parejas o amigos) en las que lo sexual está excluido. En este caso, es el anonimato de las relaciones mantenidas en los LES es la garantía del mantenimiento de la separación de ambas esferas. Por otro lado, la apertura de estos espacios, su limitación al mínimo de los requisitos formales de entrada y de puesta en juego de la identidad más allá del ambiente, posibilita tanto su uso como vía de entrada a éste como su frecuentación paralela.

A estos rasgos se corresponde una modalidad de intercambio sexual, sexo competitivo, y una distribución y organización de los espacios característica. Los locales son en su mayoría amplios, y los espacios dedicados al encuentro sexual -los llamados cuartos oscuros- representan una parte sustantiva de la superficie de estos locales, siendo en algunos casos mayores que los que no son utilizados con fines sexuales. Dentro de los cuartos oscuros, ocupan un lugar muy importante los largos -e incluso laberínticos- pasillos, así como las cabinas, Las prácticas sexuales entre dos personas y en una cierta privacidad son las más habituales y favorecidas por esta distribución del espacio. Es, sin embargo, en los pasillos donde tiene lugar el juego de seducción.

Este juego consiste en deambular por los espacios de paso, mostrándose y observando al resto de los usuarios. El interés es mostrado/correspondido mediante un juego de miradas cruzadas y mantenidas, la actitud corporal y la interrupción del deambular cuando se ha identificado una posible pareja sexual. Este juego, pese a las apariencias, tiene poco de aleatorio, y en él es tan importante la búsqueda como la comparación, y el seleccionar como el ser seleccionado. El deambular que tiene lugar tras un hombre especialmente deseable en función de ciertos criterios: su físico, su edad o, parcialmente, también el “personaje” que está representando: los cortejos. También es notable la muchas veces breve duración de

los encuentros, con estancias en las cabinas, por ejemplo, que apenas duran unos segundos. Desde el punto de vista de los usuarios, con estas conductas en el juego de la seducción se trata de probar la compatibilidad sexual, y de su alta frecuencia puede deducirse que, además de este objetivo, existe una cierta tendencia a buscar casi como obligación el estar con la persona más atractiva que uno pueda estar, lo que implica ciertamente que lo que está permanentemente en juego es la propia deseabilidad, el propio valor en el mercado del capital sexual. Ello genera performativamente una escala de deseabilidad muy explícita. En realidad, a menudo se puede predecir de antemano quién se irá con quién en la sauna en un momento dado, de forma tal que el deambular sin rumbo fijo y las tensiones espaciales y corporales no parecen otra cosa que esperas. En ocasiones, se oye de boca de los clientes -en conversación casual- cosas como *listón, subirlo o bajarlo, en función de la prisa que se lleve*, para referirse a la elección de pareja sexual. Entendemos que esta competencia -casi invisible por obvia-, esta palpable jerarquización de las parejas disponibles..., en suma, este sexo competitivo es lo que, de hecho, marca la interacción en este tipo de locales, algo que es perfectamente percibido, *a contrario*, por las personas que por su edad o falta de atractivo gozan, en cambio, de desventajas en él.

Constituyen en resumen espacios que sus frequentadores reconocen como gays, pero con los que no tratan de generar identificaciones más allá de las genéricas. En concreto, como señalan muchos analistas, el anonimato mutuo entre los sujetos que acuden a estos locales es el aspecto de las estrategias de frecuentación de sus usuarios más crucial y demarcador, aunque en principio no estén excluidas las relaciones más allá de lo sexual y de los límites físicos del local. Pollack (1987) destaca el anonimato cara a la pareja sexual y también respecto a otros ámbitos en los que se mueven los usuarios (la “doble vida”) como condición de posibilidad de unas instituciones fundamentadas en una economía sexual que privilegia la obtención de un placer sexual máximo con una inversión afectiva y social mínima. Busscher, Mendès Leite y Proth (1999) añaden el anonimato, ligado a la estrecha vigilancia y control ejercidos sobre las prácticas homosexuales, como una de las motivaciones centrales de los frequentadores de los LES en general. Estos autores abordan acertadamente las prácticas que tienen

lugar en estos lugares como lenguaje común, imprescindible para garantizar una comunicación factible. analizando ese lenguaje como reapropiación creativa de prácticas que no son específicamente homosexuales más que en esa reapropiación, siendo lo masculino (en realidad, cabe entender signos de la virilidad más que masculino, al menos del modo en que se entiende contemporáneamente la masculinidad como proceso social) un elemento central de interpretación.

El anonimato en los dos sentidos señalados puede resultar sin embargo problemático como caracterización. Pudo ser un elemento central en las instituciones sexuales gays, en un momento histórico determinado, y es de hecho un elemento de la organización de los espacios de encuentro sexual que es integrado en las estrategias de frecuentación de un sector de sus usuarios, como acabamos de ver. Con la aparición de nuevas oportunidades de vida, con un ambiente plenamente desarrollado que es integrado en las estrategias sociales de un sector de los HSH¹, surge una diversidad de modos de experimentar e integrar la frecuentación de estos lugares en las estrategias sociales (Keogh, Holland y Weatherburn 1998; Flowers y Hart 1999; Flowers, Marriot y Hart 2000), así como espacios que ya no responden en las lógicas sociales de uso y los discursos que sostienen a los rasgos definitorios de los LES. En los clubs de sexo, no es el anonimato necesariamente el factor central, antes bien, creemos que es necesario concebirlo como posibilidad latente, tanto como la puesta en juego y/o recreación de la identidad social. Si el silencio reinante podía ser metonimia de estos lugares en los 70 (Delph, 1978), en la actualidad y en Madrid, ello ya no es necesariamente cierto.

¹ A este respecto, diversos autores (Warner, 1993; Binnie, en Bell y Valentine, 1995; Chasin, 2000) coinciden en la necesidad de tener en cuenta el carácter mercantilizado de las instituciones que han venido sustentando la identidad gay, y, por consiguiente, las diferentes posiciones de partida de diferentes sectores de los HSH –en función de su pertenencia de clase– ante la posibilidad de compartir tal identidad y de participar en la comunidad gay.

3. LOS LOCALES CON CUARTO OSCURO

Los clubes de sexo, aparecidos a lo largo de la presente década, son locales de menor aforo que los anteriores, con una construcción de espacios diferente. Mejor iluminados, mayor preponderancia de la decoración – estilo militar o industrial o cuidadosamente descuidados, “marginales”, se dirigen a un público particularizado en torno a especialidades sexuales como el SM, el exhibicionismo, y otras prácticas sexuales minoritarias, que se naturalizan en términos de morbo o fetichismo. Así, fomentan una fuerte identificación de su clientela en torno a una serie de referentes que, en lo que aquí interesa, aluden a un modo de concebir y practicar la sexualidad como experimentación y ruptura con lo convencional. Se perciben a sí mismos como parte de un todo con el que comparten valores y referentes, entre los cuales las preferencias sexuales tenidas por minoritarias ocupan un lugar central, aunque no sean las que, desde un punto de vista socio-antropológico, caracterizan con mayor fuerza el sexo que practican en estos locales, sino -en cambio- el sexo en grupo, que implica una inversión de ciertas convenciones ligadas a las representaciones dominantes de la práctica sexual: los participantes en el encuentro sexual son aquí el conjunto de los presentes, y dicho encuentro dura el tiempo en que local está abierto. Esta modalidad puede incluir momentos de sexo entre varios, en diferentes posiciones e incluyendo diversas prácticas concretas, con dos o más grupos simultáneamente, así como momentos de sexo a dos. Se singulariza por encima de todo por su extremada fluidez, por la escasa duración de los grupos/pareja, por la posibilidad de entrar en cualquiera de los grupos que se forman y disuelven constantemente, y por la falta casi total de criterios de exclusión, más allá de los que imponen las nociones de sexualidad y relación que es preciso haber incorporado para participar en este tipo de intercambio sexual.

El modelo de uso de los clubes de sexo difiere en algunos extremos muy relevantes del visto entre los entrevistados que frecuentan los LES. Los entrevistados que frecuentan los clubes no practican una separación categórica entre sexualidad y sociabilidad. Así, no separan tajantemente su experiencia de acudir a los LCES del resto de actividades en las que despliegan su sociabilidad gay. En principio, pueden ir a un local acompañados de amigos con los que quedan

específicamente para ello, o generar una red social centrada en el propio local y que puede proyectarse más allá de éste y con fines no exclusivamente sexuales. Los modelos de relación socio-sexual son múltiples y flexibles, yendo desde la pareja estable y cerrada al ligue anónimo, con formas intermedias como los “amantes fijos” o las “parejas abiertas”, con parejas sucesivas o en distintos momentos de una relación. Los amantes son posibles amigos, los amigos están integrados (real o simbólicamente como un otro generalizado) en la propia actividad sexual. Es destacable que estos arreglos obedecen a acuerdos explícitos entre las partes implicadas, que –en el caso de nuestros entrevistados– se conocen o al menos se sabe de su existencia.

La velocidad de los cambios acaecidos en España a partir de los años 70 así como la persistencia por un lado en las condiciones de vida de un sector de los HSH que explican las estrategias centradas en el anonimato, y la irrupción por otro de un colectivo al seno de los HSH que buscan y encuentran nuevas formas de identificación colectiva y subjetividad sexual, explican en nuestra opinión la coexistencia en el espacio social del ambiente de alternativas muy contrastantes. Existen indicios que nos permiten afirmar que esta diversidad no se organiza socialmente como una mera coexistencia o superposición, sino como campo de disputas en torno al modelo de sexualidad y de relación legitimado. Ello se aprecia en el material etnográfico si se atiende a las referencias mutuas en el plano discursivo entre usuarios de saunas y bares con cuarto oscuro, por un lado, y de clubs de sexo por otro: Los usuarios de los primeros perciben que el surgimiento de los clubs de sexo tiene como consecuencia la exclusión y/o devaluación del propio capital sexual, mientras que los usuarios de los clubs aluden en términos devaluativos tanto a las saunas y bares con cuarto oscuro como a sus usuarios, y al mismo tiempo naturalizan y legitiman ciertas formas de sexualidad y marcos de relación que vienen a coincidir con las propios. Estas relaciones jerarquizadas no sólo se reflejan en el hacer de los sujetos, sino que se objetivan en toda una serie de políticas de exclusión e inclusión de los mismos clubs de sexo. También cabe mencionar el carácter subalterno de ciertos discursos de los usuarios de saunas y bares con cuarto oscuro, especialmente de aquéllos con un capital sexual más devaluado: mayores y personas en

situación social más vulnerable, que incorporan en parte los discursos que tienden a devaluar sus prácticas, que no son comprendidas más que desde la necesidad y la “vergüenza”.

4. ALGUNAS INDICACIONES RESPECTO DEL USO DE ESTRATEGIAS ETNOGRÁFICAS Y COLABORATIVAS

El rigor en la aplicación de las técnicas etnográficas, desde el muestreo a la selección de las técnicas a emplear en función del nivel de realidad explorado (discursos, prácticas, representaciones grupales, etc.), a la misma realización de entrevistas y observación participante, pasando por la elección de los espacios a investigar, hasta la flexibilidad en el uso de la teorización en el análisis, todos estos aspectos son condición necesaria para explorar las posibilidades que las herramientas de investigación entrañan y poner en marcha un proceso de reflexión: captar lo emergente, lo no conocido ni previsto, que entendemos que es la mayor virtualidad de la etnografía.

En relación al carácter colaborativo de la investigación, la problemática que emergió en relación a los participantes en ella se centra en que la imagen de los actores de su relación con el campo no siempre coincide con la que deriva del análisis del campo. De esta forma, fue posible poner en discusión la definición misma de la problemática sobre la que intervenir, aunque como punto de partida y no de llegada: El proceso de investigación fungió como espacio de negociación, en el que los investigadores etnógrafos facilitan o promueven la reflexividad de todos los agentes que intervienen. En este sentido, la etnografía, entendida y practicada de modo riguroso, es la herramienta que posibilita comprender la lógica social que sustenta las perspectivas de los diferentes agentes, en lugar de partir de una de ellas (la inicialmente privilegiada, la técnica, ni tampoco la de los antropólogos) para comprender la realidad en la que se quiere incidir. En honor a la verdad, hemos de decir que, sin una predisposición al cambio y sin una contradicción latente entre la imagen dominante acerca de la prevención y el colectivo gay por un lado, y la práctica y el conocimiento intuitivo del campo de los técnicos por otro, este proceso hubiese sido imposible. Se trataba tanto de iluminar los malentendidos como de desvelar las complicidades no

examinadas con los sectores dominantes en el campo en que puedan estar incurriendo los agentes. Se trataba asimismo de cambiar la dinámica de relación entre los agentes, y para ello resultaba imprescindible detectar lógicas que pudieran no ser transparentes para ellos mismos.

CONCLUSIONES

La primera y más importante conclusión relativa a las intervenciones comunitarias de fomento de prácticas más seguras por parte de los usuarios de los LCES es la necesidad de afinar mucho más en la comprensión y definición del grupo del que se predica la norma. En concreto, concluimos que ligar las prácticas de sexo más seguro a los valores compartidos por los usuarios y propietarios/trabajadores de los clubes de sexo podría ser una estrategia válida y factible respecto a este grupo, pero no responde a la experiencia social en general y más específica en los locales de los usuarios de los bares con cuarto oscuro y saunas de sus usuarios. En un contexto rápidamente cambiante, la presunción de homogeneidad comportaría un riesgo claro de ahondar y/o reproducir las líneas de desigualdad al seno del colectivo. En este sentido, llegamos a la conclusión una toma en cargo de las consecuencias en términos de relaciones entre diferentes sectores no sólo era políticamente necesario, sino imprescindible para asegurar un eficaz diseño de las intervenciones. Otras estrategias, encaminadas precisamente a la conformación de un discurso grupal autónomo, parecieron claramente más indicadas para este último colectivo. La norma comunitaria puede y debe tener otros escenarios (medios de comunicación, la propia actividad política de los colectivos, escenarios microgrupales) que se encuentran legitimados para interpelar a estos sujetos.

En último análisis, a lo largo del proceso de investigación quedó claro que es imposible hacer prevención de ámbito comunitario sin ‘hacer grupo’, en la medida en que es la propia definición del mismo la que está en juego. Para el grupo investigador fue fundamental en este sentido hacer emerger en el trabajo reflexivo conjunto lo que podríamos denominar dimensiones políticas de la salud en general y de la prevención del VIH en particular. Prevenir el VIH no puede más

que partir de las estrategias de los sujetos y los sectores del colectivo de HSH implicados, y al mismo tiempo no puede ignorar el componente político que le es consustancial. Por el contrario, los clubs de sexo en tanto instituciones sí juegan un papel en la conformación de las identidades sociales y en las subjetividades sexuales de su público, que conforman y contribuyen a cristalizar al tiempo que producen.

Quizá el resultado más importante aunque menos cuantificable o traducible en esa *arma mágica* que implícitamente se busca en la investigación de corte epidemiológico o comportamental, fue precisamente deshacerse de la pesada carga ideológica que comporta la visión biomédica de la salud y la prevención como realizada por un agente individual que posee un cuerpo que debe defender y al que hay que dotar de información o aún peor, formación y educación, para pasar a una idea de prevención que parta de las estrategias sociales de los sujetos y del campo de posibilidades y las relaciones de poder en las que se inscriben, y que no sea ciega al carácter social y político de las tareas que corresponden a una prevención al servicio real de los sujetos, y no que pretenda poner a los sujetos al servicio de unos objetivos predeterminados y profundamente ideológicos. Es por ello que señalábamos anteriormente que la conformación de un discurso compartido fue el objetivo implícito y esperamos que alcanzado en esta investigación, así como el carácter extraordinariamente eficaz de las estrategias de investigación implementadas para hacer emerger fórmulas de trabajo cuya racionalidad era intuita más que reflexivamente practicada.

BIBLIOGRAFÍA

BELL, David, GILL Valentine (1995) *Mapping desire*, Londres, Routledge.

BÉRUBÉ, A. (1999) "The history of gay bathhouses" in P-O. BUSSCHER, R. MENDÈS LEITE, B. PROTH (eds.) *Dangerous Bedfellows, Lieu de reencontré et back-rooms, Actes de la recherche en sciences sociales*, 128, pp. 24-28.

DELPH, E. W. (1978) *The silent community. Public homosexual encounters*. Londres, Sage.

FLOWERS, P., HART G. (1999) "Everyone in the scene is so cliquey: Are gay bars an appropriate context for community peer-led intervention?" in G.J.AGGLETON; HART; P. DAVIES; (eds.) *AIDS: Family, culture and community*, Londres, Taylor and Francis.

FLOWERS, P.; C. MARRIOT; G. HART (2000) "The bars, the bogs and the bushes": The impact of locale on sexual cultures", *Culture, Health and Sexuality* 2(1): 69-86

GUASCH, O. (1991) *La sociedad rosa*, Barcelona, Anagrama.

HUMPHREYS, L. (1970) *Tearoom Trade*, Londres, Gerarld Duckworth & Co. Ltd.

KEOGH, P., HOLLAND P., WEATHERBURN M. (1998) *The boys in the backroom: Anonymous sex among gay and bisexual men*. London, Sigma Research.

KING, E. (1993) *Safety in Numbers*, London, Cassell.

MIRA, A. (2004) *De Sodoma a Chueca. Historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XXI*. Madrid, Egales.

NEWTON, E. (1993) *Cherry Grove, Fire Island. Sixty years in America's first gay and lesbian town*, Boston, Beacon Press.

Patton, C. (1996): *Fatal Advice. How safe-sex education went wrong*. Durham, Duke University Press.

RAMIREZ-VALLES, J. (2002) "The protective effects of community involvement for HIV risk behaviour: a conceptual framework", *Health Education Research*, 17(4): 389-403.

VILLAAMIL, Fernando (2004) *La transformación de la identidad gay en España*, Madrid, La Catarata.

WARNER, M. (1993) *The trouble with normal: sex, politics, and the ethics of queer life*, New York, Free Press.

WARWICK I., DOUGLAS N., AGGLETON P., BOYCE P. (2003) "Context Matters: The educational potential of gay bars revisited" *AIDS education and prevention*, 15(4): 320-333.

WOHLFEILER, D. (2000) “Structural and environmental HIV prevention for gay and bisexual men”, *AIDS*, 14 (suppl): S52-S56.